

la atención de Mazarino de las potencias extranjeras. En la guerra de los Treinta Años, fomentada por Richelieu con favorecer á los protestantes, Mazarino no tuvo que hacer sino proseguir las hostilidades militares y diplomáticas contra las dos ramas de la casa de Austria; pero con el fin de consolidar por medio de la paz las conquistas que su prodecesor había hecho con la guerra, procuró intervenir lo mas posible en el tratado de Westfalia. En él brilló la Francia como conciliadora de los intereses europeos, extendió su territorio, estableció el nuevo sistema político europeo sobre la constitución germánica modificada, y saliendo garante de la paz, tuvo medios y pretextos para intervenir en los asuntos de Alemania.

Esto respecto de la rama austriaca de Alemania: por lo que hace á España, no obstante el parentesco de las dos familias, se prolongó la guerra en las fronteras de los Países Bajos y de los Pirineos y en Italia; y la batalla de Rocroy (1643) señaló el principio del reinado de Luis XIV, pues destruyó completamente aquella infantería española que había sido el espanto de Europa. La paz de Westfalia dejó á la Francia sola contra España, que confiando en el desorden que producía la Fronda, rehusó adherirse á ella. Irritadas ambas naciones por los artificiosos medios con que á porfía habían procurado dañarse, favoreciendo cada cual á los rebeldes de la otra, continuaron la lucha; las tropas licenciadas por los Estados que habían quedado en paz, aumentaron las de España, que durante los disturbios de la Fronda recobró á Dunkerque, la mas importante plaza de Flandes, á Barcelona y á Casal de Monferrato, que se había defendido de tres sitios (1629-30-40).

1632.

Cromwell, que se había constituido en protector de Inglaterra despues de la muerte de Carlos I, hizo la contra á los Franceses desde el principio, porque habían dado acogida á Carlos II; pero Mazarino no tuvo inconveniente en humillarse á él para que mudase de pensamiento y acometiese en América las posesiones de los Españoles y les cerrase el paso por mar. La ciudad de Dunkerque fué situada, tomada y entregada á los Ingleses despues de la batalla de las Dunas, mientras los Franceses continuaron sus victorias hasta dar vista á Brusélas.

1658.

14 de junio.

Eran debidas aquellas victorias al mariscal de Turena, que vuelto en sí de los vértigos de la Fronda, se puso frente á Condé, que se había hecho capitán de los extranjeros; de manera que los triunfos de ambas partes podían considerarlos los Franceses como gloria nacional.

Turena.

El mariscal de Turena y el príncipe de Condé, aunque con reducidos ejércitos, hicieron grandes cosas. Como habían tenido distinta escuela, diferían en la manera de conducir la guerra tanto como por su carácter; Condé era mas atrevido, Turena mas reflexivo; aquel hacía frente al peligro, este lo evitaba; uno había nacido general y se dejaba llevar de sus propias inspi-

raciones; el otro llegó á serlo por medio de la reflexión y de la experiencia, y dió algun impulso al arte de la guerra por medio de una nueva disposición de las tropas, lo cual no hizo Condé, y sus planes de campaña, sus marchas y sus variadas batallas son la admiración de los estratégicos. Condé se vió colocado en el primer puesto por su nacimiento y mas aun por haber llegado á ser sobrino de Richelieu; por lo que puesto desde muy jóven á la cabeza de los ejércitos, llevó á cabo gloriosas empresas ántes de haber meditado acerca de sus causas, y posteriormente, cuando unió la acción á la reflexión, se halló en el segundo grado de la milicia española, que entonces iba ya decayendo; por lo que su escuela es meramente personal. Turena por el contrario, se hizo hombre en los Países Bajos, en los fatigosos ejercicios de una guerra sabiamente dirigida por los Nassau, sus tíos, aprendió á obedecer ántes de mandar, respetaba en el soldado al hombre mas que ningun otro general, y le evitaba cuantas fatigas era posible, teniendo gran confianza y esperándolo todo de los guerreros franceses, condiciones esenciales para reformar los ejércitos. Enseñó á los extranjeros á tener cortesía en la guerra; corrigió la ligereza é impaciencia de los Franceses, y consiguió que sufriesen la fatiga sin murmurar; con lo cual destruyó la opinión comun de que no eran capaces de defender una plaza. Condé, por su parte, se sirvió de los ejércitos como los había encontrado, y no tuvo ocasion de adquirir la paciencia ni la fuerza de meditacion que tan grandes eran en Turena; poseía el genio mas bien que la ciencia de la guerra, y xenció por inspiración mas bien que por cálculo; nada le importaba que se derramase sangre, y con una ligereza inhumana, imitada por el héroe de nuestros dias, decía despues de la batalla de Senef, que una noche de Paris era suficiente para reparar aquellas pérdidas.

1671

Turena pasa por un gran capitán aunque fué vencido varias veces, y no consiguió ninguna de aquellas batallas que deciden de la suerte de una nación, ni alcanzó brillantes conquistas. Cuando refiere sus hechos de armas, lo hace con un candor y una sencillez admirables, sin omitir ni disimular sus desgracias, y sin envanecerse con sus victorias. Dió noticia en una posdata de la batalla por la cual Ana de Austria, en presencia de toda la corte, le dijo que había salvado al rey y al Estado; despues de la batalla de las Dunas escribió: « Los enemigos » se han entregado; han sido batidos; alabado sea Dios. He trabajado bastante todo » el día. » Era serio, reflexivo, pensaba despacio, y resolvía con seguridad. Condé todo era arranques, se ponía frente al enemigo, acudía á todas partes é improvisaba entre los golpes las combinaciones que habían de ejecutarse; conocía que la fuerza de un general no consistía en lo numeroso del ejército, sino en agrupar una gran masa á un solo punto para decidir la

batalla; así es que Napoleon le estudió mucho, imitándole especialmente en la guerra de Italia. Al ir entrando en edad, Condé se fué haciendo cauto y Turena atrevido; y se decía que era sumamente grato hallarse con Condé al fin de una batalla y con Turena al fin de una campaña.

El ingenioso Saint-Evremond, que era oficial general, dice: « En el príncipe se halla la fuerza del genio, la grandeza del valor, una luz viva, límpida, siempre presente: Turena tiene las ventajas de la serenidad, gran capacidad, larga experiencia y un valor constante. El talento del primero es mas que suficiente para no olvidar nada que pueda ser útil; el otro trabaja cuanto es preciso, y no hace nada superfluo. El príncipe es enérgico cuando manda, y tan temido como estimado; Turena se hace obedecer con su indulgencia, no tanto por la autoridad de que se reviste cuanto por la veneración que se le tiene. El príncipe es mas amable con los que le secundan, mas colérico con los que le desagranan, mas severo con los que delinquen, mas afectuoso con los que obran bien; Turena es mas mesurado, disculpa las faltas como desgracias, y muchas veces recompensa el mérito mas relevante con la simple alabanza de haber cumplido con su deber. El príncipe se entusiasma con las grandes cosas, goza de su gloria sin vanidad, recibe la adulación sin disgusto; Turena mira las cosas grandes como las pequeñas, segun conviene á sus planes. Cualesquiera que sean las tropas, el príncipe tiene siempre la misma seguridad en los combates, como si pudiese inspirar á todo el ejército sus propias cualidades, su valor, su inteligencia, y como si estas le asegurasen de las de los demas. Si las tropas no merecen confianza á Turena, procura ponerse en salvo, por numerosas que aquellas sean, pero si son buenas y confía en ellas, aunque sean escasas, emprende como fácil lo que parece imposible. Cuando el príncipe sale victorioso adquiere el esplendor mas brillante de la gloria; cuando es desgraciado, no le alcanza la afrenta; se perjudican sus planes, pero no su reputación. La de Turena depende en gran parte del éxito de sus empresas; nada de particular distingue sus acciones porque siempre son iguales; todo lo que dice, escribe ó hace tiene algo de secreto para el que no es bastante perspicaz; la naturaleza le ha dotado de gran talento y le ha negado aquel fuego del genio, aquella franqueza, aquella libertad de espíritu que le hacen brillante y hermoso; no se conocerá cuánto vale hasta que le perdamos, y necesitará toda su vida para adquirir una justa y completa fama. Las virtudes del príncipe no son menos brillantes que fuertes, pero son menos continuas que las de Turena; el uno es mas á propósito para combatir con gloria en una batalla; el otro para terminar ventajosamente una guerra (1) ».

(1) Véase tambien RAMSAY, *Hist. du vicomte de Turenne*. Paris, 1738.

España, no recibiendo ya galeones de América, y viendo que se le rebelaba Portugal, tuvo que pensar en la paz, que fué tratada por Mazarino y Luis de Haro, gobernantes de ambos países. Verificáronse los conferencias con las meticulosas formalidades que tanta parte ocupaban en la diplomacia de entonces. Mazarino se presentó en una carroza dorada de ocho mulas, con sesenta gentiles hombres entre los cuales había mariscales, duques y arzobispos. La isla de los Faisanes en el Vidasoa fué dividida por un edificio, cuya mitad fué declarada española y la otra francesa. Á uno y otro lado se habían construido habitaciones enteramente iguales y en medio una sala dividida entre los dos Estados con dos puertas una enfrente de otra, de donde salían los ministros hasta el medio, en que había dos sillas y dos mesas juntas, de manera que podían discutir, escribir y hasta hablarse al oído sin salir de sus respectivos países.

España quería que se devolviesen á Condé sus honores, ó de lo contrario le daría un principado en los confines de los Países Bajos, como Cambrai, desde donde molestaria á Francia, acogiendo á los facciosos. Tuvo esta por tanto que ceder, y habiendo él ido á pedir perdon de sus errores y de sus victorias, reparó con usura los perjuicios que había causado á su patria.

La paz quedó concluida en ciento veinticuatro artículos, en que se estipularon muchas restituciones recíprocas; el restablecimiento en sus dominios del duque de Lorena y del príncipe de Mónaco, la reunion á Francia del Artois y de otros puntos de los Países Bajos y del Rosellon; y el matrimonio de Luis XIV con María Teresa, hija de Felipe IV de España, renunciando á toda pretensión de sucesión.

Aquella paz que daba á Francia unos límites muy bien defendibles y el primer puesto en Europa, consolidó el poder de Mazarino, de quien era obra; por lo cual continuó siendo consejero de Luis hasta que murió á los cincuenta y nueve años de edad. Le censuran porque acumuló mas de 100.000.000 con la venta de los oficios y beneficios, y cometiendo muchas bajas; nosotros no le disculpamos, ni aprobamos tampoco un sistema que hacía posible tal corrupción. La modestia que respecto de su familia manifestó al principio, se cambió luego en orgullo, y procuró hallar nidos en el cielo para sus sobrinas; pero á pesar de esto disuadió al rey de que se casase con María Mancini, una de aquellas. Como hombre de Estado creo que no se puede menos de admirarle. Era laborioso, incansable, sagaz, vivo, nada vengativo, aunque nada amable con aquellos á quienes no necesitaba ni temía; prometía mucho, concedía poco, á no ser aquellos favores que nada le costaban; era pequeño tal vez en los medios, grande en sus proyectos, y fué coronado por la fortuna. Desconoció la administración, y permitió que hombres ineptos pusiesen en ejecución para adquirir dinero los medios mas odiosos é ine-

1659.

7 de diciembre.

1661. 9 de mayo.

ficaces; pero fué un gran político, tuvo el talento de rendir homenaje á su predecesor sin caer en la manía demasiado comun de mudar de sistema, ántes por el contrario consiguió llevarlo á cabo y fijó la regla de que las relaciones entre los Estados son independientes de su religion y de su forma de gobierno. Tuvo ménos talento que Richelieu, pero le empleó mejor; y aunque fué tan combatido como este, nadie le echa en cara ninguna crueldad, tanto que los enemigos que odiaban á Richelieu, se reían de Mazarino. Y no es poco el resistir á la risa de los Franceses y haber despreciado las bravatas de Retz, no ménos que los gritos de las turbas; proseguir la marcha que se habia propuesto, aplacar los motines y acabar las guerras promovidas por su predecesor, así como el sumergirse á tiempo en medio de la desconfianza general, para salir luego á flor de agua. Consideraba obligacion de un ministro proteger el mérito, y hacia que Menage le indicara las personas instruidas para recompensarlas; señaló á Descartes, que se hallaba retirado en Holanda, una pension de mil escudos; llamó á muchos artistas dramáticos de Italia, entre ellos al insigne Fiorelli y al arlequin Dominico; introdujo la ópera (1), y la pasion á los juegos de azar á los cuales dedicaba la noche; y la corte siguiendo su ejemplo, abandonó los ejercicios corporales.

Ademas de los pingües legados que dejó á sus sobrinos (2), dejó tambien 60,000 francos al papa para la guerra contra los Turcos; al rey diez y ocho diamantes que debian llamarse los Mazarinos, sus cuadros y unos magníficos trabajos de Rafael; su rica biblioteca y 800,000 escudos para el colegio que tituló de las Cuatro Naciones, porque le destinó á la enseñanza de

(1) El poeta Perrin compuso una pastoral en cinco actos con prólogo, que se representó en Issy y en Vincennes con grandes aplausos. Se representaron tambien otras varias en París y en palacio, y aquel obtuvo el privilegio de una Academia de música (1639). Era eclesiástico; Cambert, que hizo la música, era organista del cabildo de San Honorato; los cantantes músicos eran de la catedral; maquinista el marques de Sourdeac, y Beauchamp compositor de los bailettes. Al poco tiempo obtuvo Lulli el privilegio de la ópera en París y en toda la Francia.

(2) Entre estos estaba Hortensia Mazarino, una de las mujeres mas famosas en la galanteria cosmopolitica de entónces. Carlos II pidió por dos veces su mano cuando era pretendiente, y luego que llegó á sentarse en el trono volvió á pedirla, pero se opusieron los ministros. El duque de Saboya la pretendió tambien, pero el cardenal queria que fuese reina de Francia. Aquella mujer, deseada de los reyes, que llevaba de dote 20,000,000, se casó con el mariscal de la Meilleraye, santurron y avaro, que la hizo desgraciada é infiel. Al cabo de siete años de disgustos, huyó de su casa vestida de hombre, y pasó á Italia como una verdadera heroína de novela, con muchas piedras preciosas y ninguna ropa, con 24,000 francos solamente, que el rey habia mandado á su marido le señalase. Permaneció algun tiempo bajo la proteccion de su antiguo pretendiente, y cuando este murió, pasó á la corte de su adorador Carlos II, en cuya gracia trataron los cortesanos sucediese á la duquesa de Portsmouth. Ya lo habia conseguido cuando se enamoró del príncipe de Mónaco; y con la pension de 4,000 libras esterlinas que el rey le señaló, puso casa de placeres, de juego, de tertulia, y se vió rodeada de amantes, entre los cuales se hallaba Saint-Evremond que, supo cortejarla sin hacer reír con sus blancos cabellos. Vivió con el nombre de Milagro de amor hasta cincuenta y cuatro años, sin perder su belleza (1699).

jóvenes de las cuatro provincias unidas por él á Francia, esto es, Pinerolo, Alsacia, Artois y Rosellon. Habiendo instituido heredero universal al rey, para acallar sus escrúpulos, este se lo perdonó, contentándose con heredar la plenitud del poder real, que era para él un legado mucho mas importante.

CAPÍTULO IV

Administracion de Luis XIV. — Colbert. — Economía política.

El predominio que frecuentemente ejercen las almas elevadas sobre todo lo que se halla próximo á ellas, habia tenido Luis sujeto á Mazarino, á él se referia en todo, iba á buscarle cuando le ocurría decirle alguna cosa, y era recibido como un particular; cuando murió dijo: *Hemos perdido un amigo*, y echó á llorar. Los Franceses habian deducido de todo esto que Luis era un hombre débil que necesitaba un guia; pero cuando sus ministros le preguntaron á quién debian dirigirse en lugar de Mazarino, contestó: *Á mi*; y dió órdenes á todos, mandando que nada se hiciese sin que él lo viera. Entónces dejó de haber ministro universal; los diversos asuntos se repartieron entre varios, y Luis, aunque en realidad dominado siempre por alguno, pudo darse la importancia de que lo hacia todo por sí mismo en los setenta y dos años de reinado, en que fué el alma de las vicisitudes de Europa. Desde el principio siguió la política del Grande Enrique, humillando á la casa de Austria; y como la depresion de esta le llevó al colmo del poder, le vino el deseo de adquirir toda clase de gloria; por lo que no contento con presentarse á la posteridad rodeado de sabios y artistas, quiso que su reinado obtuviese tambien laureles militares, destruyendo de este modo su prosperidad y preparando futuros desastres; al paso que la envidia que de él tenia la Europa le acarrió la enemistad de los poderosos, y le hizo conocer los escalabros, y sentir cuánto bien podia haber sacado del amor de sus súbditos, á quienes solo habia dado una monarquía absoluta.

«Aun desde niño (dice) el solo nombre de los reyes holgazanes y los mayordomos de palacio me disgustaba... El trabajo solo asusta á las almas débiles, y cuando sea ventajoso y justo un proyecto, será una debilidad no llevarle á cabo. La pereza en un rey es tan opuesta á la grandeza del valor como la timidez, y un monarca que tiene que vigilar por el bien público, es acreedor á mayor vituperio si evita un trabajo útil, que si se detiene á la vista de un peligro; porque el miedo del peligro puede calificarse de prudencia, al paso que el miedo al trabajo es siempre una molición indisculpable. El oficio de rey consiste principalmente en dejarse llevar del buen sentido, que naturalmente obra sin violencia.

» Las cosas de que tratamos seriamente son algunas veces ménos difíciles que las que nos divierten. El rey debe buscar siempre lo útil; por hábiles, por perspicaces que sean sus ministros, no puede desconocerse cuándo él interviene en los negocios.... Muchos (añade) creían que mi asiduidad al trabajo era como el fuego de la paja; pero el tiempo les ha demostrado lo contrario, pues me han visto seguir siempre el mismo camino y querer saber lo todo, oír las súplicas y las quejas del menor de mis súbditos, informarme del número de mis soldados y el estado de mis plazas, tratar directamente con los ministros extranjeros, recibir los despachos, contestar yo mismo á ellos, ó decir á mis secretarios en qué términos lo han de hacer; nivelar las rentas y los gastos, mandar que me diesen cuenta de los negocios los grandes empleados, despachar los asuntos reservados, distribuir las gracias segun me ha parecido, conservar yo solo toda mi autoridad, y sostener á los que mejor me han servido en una modesta posicion, distante de la categoría de los primeros ministros. »

En estas palabras se halla descrito su reinado y está amplificado aquel dicho suyo: *El Estado soy yo*. « Nada asegura el reposo y la felicidad de las provincias (se lee en sus escritos) como la concentracion de la autoridad en la persona del soberano; por pequeña que sea la parte que de él se elimine, produce males gravísimos. Se trastorna el órden de las cosas atribuyendo á los súbditos el derecho de resolver y al soberano la obligacion de aprobar. Solo á la cabeza corresponde deliberar y resolver; los otros miembros ejecutan. Un primer ministro al fin y al cabo es el hombre de vuestra eleccion, á quien asociáis al gobierno en la parte que os parece, y que disfruta del principal crédito en vuestros negocios, solo porque ocupa el primer puesto en vuestro corazon. Si se apropia vuestros bienes y autoridad, conserva á lo ménos gratitud y respeto hácia vuestra persona, y por grande que le hagáis, no puede ménos de caer tan pronto como dejéis de sostenerle... No sucede lo mismo con el poder que se atribuye á un pueblo reunido; cuanto mas le concedáis, mas pide; cuanto mas le acariciáis, mas os desprecia; y lo que adquiere está agarrado por tantos brazos que no se le puede arrancar sin mucha violencia. »

» El que dió los reyes á los hombres, quiso que los respetasen como á sus vicarios, reservándose para sí el examinar su conducta; y es su voluntad que todo el que nazca súbdito obedezca sin examen (1). Aquella sujecion que pone á los soberanos en la necesidad de recibir la ley de sus pueblos, es la última calamidad que puede suceder á un hombre de

» nuestra posicion (1). Es uno de los defectos de la monarquía inglesa que el rey no puede levantar impuestos extraordinarios sin concertar con el parlamento, ni tener reunido el parlamento sin disminuir la mitad de su autoridad (2). Todo lo que se halla en la extension de nuestros Estados, de cualquier naturaleza que sea, nos pertenece por este título; el dinero que hay en vuestra gaveta, el que se halla en manos de nuestros tesoreros, y el que dejamos en el comercio de nuestros pueblos, debe ser considerado por nosotros del mismo modo (3). Persuadios, pues, de que los reyes son señores absolutos, y pueden naturalmente disponer con entera libertad de los bienes poseídos por los eclesiásticos y seculares, para que disfruten de ellos como prudentes administradores (4). »

Va mas lejos aun, porque despues de considerar los bienes como propiedad de la corona, le atribuye tambien la vida de los súbditos, de manera que la conserva y economiza por su propio interes, y « siendo patrimonio del príncipe la vida de sus súbditos, él mas que nadie debe tener cuidado de conservarla (5). »

Conviene exponer el ideal del despotismo para comprender á qué aspiraban los monarcas en la embriaguez de su orgullo, producida por el triunfo que consiguió sobre el feudalismo. ¿Qué otra cosa mas que estas máximas se necesita para pasar á la cumbre del absolutismo (6)? Y en efecto, el *gran rey* llegó á ella, aunque no abusó de su posicion como Luis XI y Felipe II; ántes bien engrandeciendo á su país, obligó á que le admirasen aun aquellos que saben distinguir lo bueno de lo sorprendente; y no solo le perdonó su nacion, sino que persuadió á muchos de que el absolutismo era bueno.

Las guerras religiosas habian hecho perder á la monarquía todo lo que habia adquirido desde el tiempo de Luis XI, dando de nuevo preponderancia á la aristocracia de las provincias y de los gobiernos; y el edicto de Nántes calmó, pero no destruyó, la oposicion protestante. Richelieu trató de restablecer la unidad política y religiosa, y si no lo consiguió respecto de esta última, abatió á los hugonotes,

(1) *Id.*, t. II, 26.

(2) I, 174.

(3) II, 93.

(4) II, 131.

(5) II, 301.

(6) Lemontey (*Monarchie de Louis XIV, Œuvres*, t. V, p. 13) publica el principio de un curso de derecho público, mandado escribir para el duque de Borgoña, que dice así: « La France est un État monarchique dans toute l'étendue de l'expression. Le roi y représente la nation entière, et chaque particulier ne représente qu'un seul individu envers le roi. Par conséquent toute puissance, toute autorité résident dans les mains du roi, et il ne peut y en avoir d'autres dans le royaume que celles qu'il établit. Cette forme de gouvernement est la plus convenable au génie de la nation, á son caractère, á ses goûts et á sa situation. Les lois constitutives de l'État ne sont pas écrites; ou du moins le plus grand nombre ne l'est pas. La nation ne fait pas corps en France; elle réside toute entière dans la personne du roi, etc. »

(1) *Œuvres*, t. II, 336, edic. de 1816.